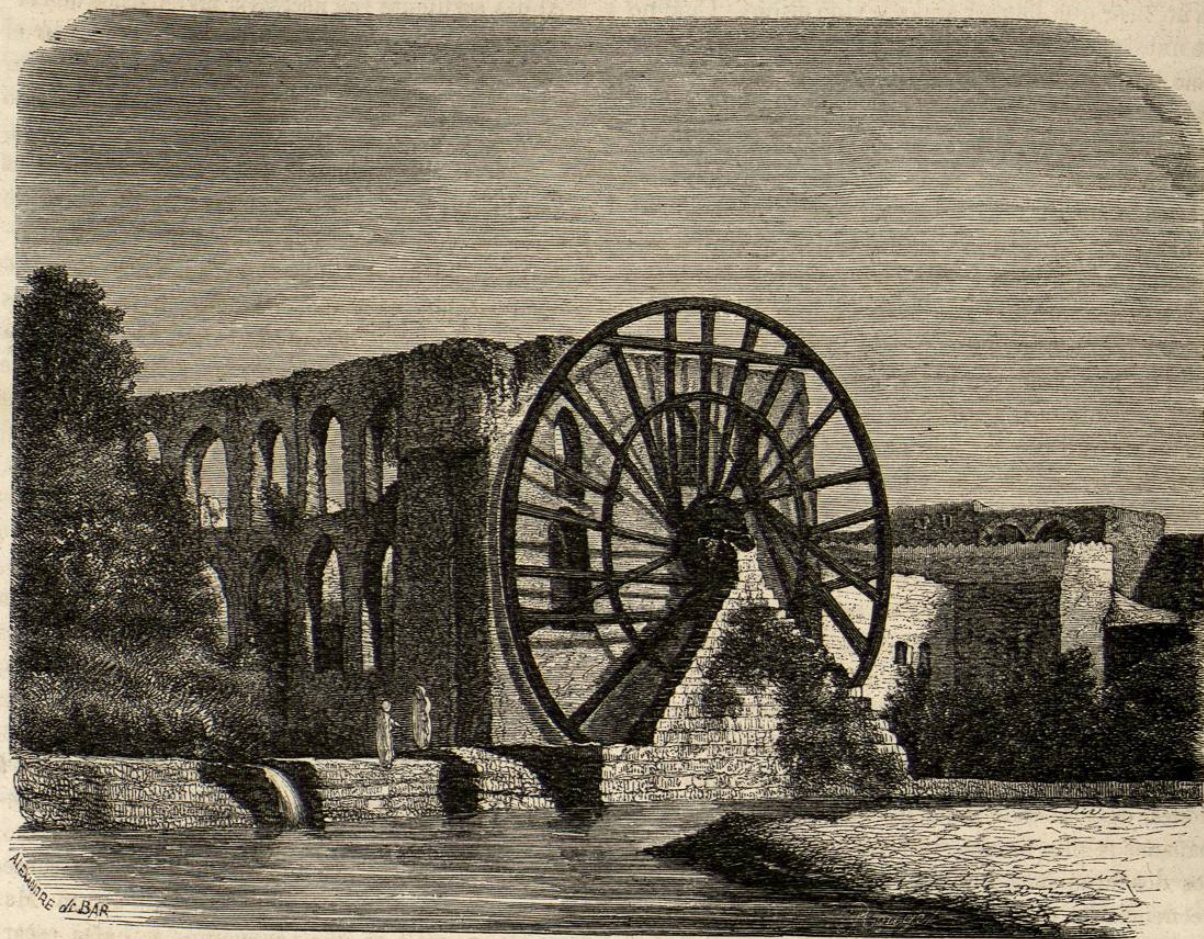


ras ondulaciones del Líbano, tuvimos que andar otros dos días, pasar la noche en una pequeña aldea, El Okser, donde estuvimos espuestos á ser asesinados por unos cuarenta nómadas. Después de haber por algún tiempo continuado nuestro camino, hácia el Sur, queríamos pasar el Líbano, bajar á los cedros por la otra vertiente, volver luego á la Beka y atravesarla en toda su longitud para llegar á Baalbeck.

Un chaique de metualianos, que con algunos pastores habitaba en el fondo de una quebrada, nos dió hospitalidad, y encendió en nuestro obsequio una hoguera, prendiendo fuego á dos cedros. Este lado del Líbano está cubierto de árboles. Muchos han sido quemados en su puesto por los metualianos. Algunos están muertos, otros han sido arrastrados por los torrentes á la par de enormísimos peñascos; en todas



Una noria en el Orontes.—De fotografía.

partes se ven vestigios de inundaciones, rayos y tempestades, y el bosque medio destruido remeda un ejército diezmado por el enemigo que quiere luchar hasta la muerte.

Llegados al cabo á la última cresta de la montaña, se extendió delante de nosotros un panorama espléndido. Al Este, la Beka y el Anti-Líbano; mas hácia el Norte, las llanuras que habíamos recorrido y el desierto que las sigue; al Oeste, la costa, Djebel, Trípoli, Batrun, los mil valles del Líbano, los cedros, y por último el mar azul, inmenso, perdido en el cielo. En cuanto á los cedros, es una exageración. Apenas se encuentran diez ó doce verdaderamente hermosos

y dignos de admirarse. Perdidos en aquel paisaje gigantesco, no parecen en él mas que un punto negro. En medio de ellos los marmitas han edificado una iglesia. En Francia hubieran abierto un café.

Al día siguiente habíamos vuelto á pasar el Líbano, y llegábamos á Baalbeck. ¿Qué diré de aquellas ruinas colosales, tantas veces vistas tantas veces descritas? La arquitectura no está allí libre de reconvenções: muchas señales de decadencia, muchos pormenores de mal gusto menoscaban su conjunto magnífico. Sin embargo el espectador se asusta en presencia de aquellos cúmulos de piedras, de aquellas colosales hiladas de sillares que no miden menos

de 22 metros de longitud y entre cuyos escombros se encuentra la bella antigüedad. Un templo casi entero ha quedado en pie, y de otro subsiste solo una columnata. A alguna distancia se ve otro templo, y en el llano, alrededor de la Acrópolis, no mas que despojos.

### VIII.

Viaje al Djebel-Akkar.—La llanura de Homs.—El nacimiento del Orontes.—La montaña cristiana.—Viaje á Damasco.

Dos días después de mi regreso de Lataquía, salí de Trípoli para Hosn-el-Zephiri, el Djebel-Akkar, y el nacimiento del Oronte. Hosn-el-Zephiri, situado en la alta montaña, al Noreste de Trípoli, es un templo griego colocado en un sitio actualmente desierto, en un cerro elevado. Toda la parte del Líbano que se extiende desde Edhen y los cedros hasta Kalat-el-Hosn, la mas curiosa y la mas desconocida, contiene una multitud de ruinas antiguas; ningún sendero guía á los que la recorren; es menester andar por el lecho de los rios, por entre bosques, por en medio de rocas. El templo de Hosn-el-Zephiri existe aun casi íntegro. Debía ser pequeño y sencillo, bastando para su ornato exterior algunas pilastras.

La montaña de Akkar, en la cual entré al día siguiente, cubierta de inmensos bosques, cruzada por estrechas barrancas, atravesada por torrentes y rios, casi desierta, completamente salvaje, no es visitada nunca por los viajeros. Apenas habrán penetrado en ella dos ó tres europeos. Las montañas descienden á los valles rectas como murallas, y la nieve cubre sus cimas desde las cuales se despeñan cascadas que desaparecen al caer entre las hojas. Ninguna otra parte de Siria ofrece un aspecto semejante; nada allí de esas pendientes áridas, escuetas, sembradas de piedras; en todas partes bosques, árboles gigantes, granados, limoneros, algarrobos y sicomoros; la viña vírgen trepa por las ramas cubriendo las encinas de verdura, privándolas de aire, ahogándolas algunas veces; la clemátide oculta los matorrales bajo un velo blanco; los pinabetes brotan al lado de los naranjos; las flores abundan tanto como las yerbas; las rocas salvajes, la madre selva, el panporcino, mil especies de enredaderas, la flor de Europa y la de Asia se reúnen en las quebradas, donde quiera que hallen un poco de sol y un poco de humedad.

Una población escasa y diseminada, ansariana metualiana, cristiana ó musulmana, vive en algunos puntos de aquellas soledades. Allí están organizados los ladrones en vasta escala. Allí se roba, se arman emboscadas, se asesina. Los habitantes salen apenas de sus montañas; no comunican por ningún camino con el resto de Siria; ocultos en los bosques, viajando

poco apenas han echado á guisa de puentes unos cuantos árboles encima de los grandes rios. Sin embargo, en medio de aquel país, en Coubaíat, dos frailes, uno de Niza y otro de Arezzo, han fundado un convento, en el cual viven solos. Yo permanecí con ellos dos días, y ni el alejamiento de su patria, ni la triteza de su destierro voluntario, ni el continuo roce de los árabes han agriado su carácter afectuoso, ni menoscabado las finas maneras que distinguen en todas partes el clero italiano. Pasé de nuevo á Kalat-el-Hosn, desde donde, volviendo al Este y penetrando en las llanuras que rodean Homs y luego en el desierto, me encontré de repente en medio de un campamento de beduinos. Las tiendas cuadradas, hechas de pieles de animales, establecidas cerca de un manantial, no cegado aun, y dispuestas en buen orden como las casas en una ciudad, cubrían un espacio inmenso de terreno. Abiertas por un lado, permitían ver en su interior á sus habitantes ocupados en distintas faenas, hogueras en que se cocía arroz, esteras tendidas en el suelo, vasos y cacharros; delante de cada una de ellas vigilaban enormes perros; los niños y las mujeres, aquellos jugando, gritando, corriendo, y estas llevando fardos, trabajando ó conversando en grupos, los primeros desnudos, las segundas cubiertas solamente con una túnica azul oscura, formaban en torno un continuo bullicio. Hombres sentados fumaban el chibuck; caballeros armados de lanzas enormes, de que colgaban plumas negras, se perseguían en la llanura, otros cantaban echados á la sombra de sus caballos. Los rebaños de bueyes y carneros erraban libremente entre las tiendas, y á la entrada de la tienda del chaique, mayor que las demás, habia una reunión numerosa. Formadas en círculo y proyectándose en el inmenso horizonte del desierto, las sombras de siete ú ocho mil caballos, desde la ciudad nómada llegaban al cielo. Era por la tarde.

Pronto regresé á la Beka y llegué al nacimiento del Narh-Azi (el Orontes). El Narh-Azi nace al pie del Líbano, en una barranca profunda que sombrean corpulentos árboles; empieza siendo un torrente rápido, impetuoso especialmente en la primavera, cubriendo sus márgenes zarzales y rosales gigantes que arranca y arrastra en sus avenidas. A poca distancia, en la llanura, se levanta casi entero el monumento llamado Kanlia-el-Hurmul, que descansa en una base formada de cinco gradas y se compone de tres partes, que son dos cubos sobrepuestos y una pirámide. En cada uno de sus ángulos se encuentra una columna, y en cada cara del primer cubo un bajo-relieve. Este monumento, de una importancia suma, pertenece al parecer á la época romana. En el valle de Narh-Azi, á poca distancia de su origen, se encuentra una reunión de grutas que lleva el nombre



de Mar-Maroun. Es un palacio de tres pisos, vaciado enteramente en la montaña. Las ventanas, las puertas los almaros, las escaleras, todo está tallado en el granito con el mayor esmero. Actualmente todo está desierto.

Después de haber vuelto á cruzar el Líbano, pasé dos días en Trípoli, y regresé á la montaña cristiana.

En Tannorina encontré al patriarca que giraba una visita pastoral, montado en una mula blanca vestido con un traje rojo y seguido de su clero. Recorria el país entre las aclamaciones de todo el pueblo agolpado en su camino. Las pendientes á pico, los pedregosos senderos, los vericuetos todos estaban coronados de gente, y los tiros de fusil y los gritos de entusiasmo resonaban en los valles. El patriarca almorzó en Tannourina, donde nos sirvieron dos carneros rellenos de arroz. El pan puesto debajo de la mesa, según costumbre, servía de almohada á los desnudos pies de los convidados.

Toda la parte del Líbano que habitan los cristianos es mucho más rica, más poblada y mejor cultivada que las otras. A lo largo del mar se extienden campos de centeno, moreras y cañaverales. En cada cresta se ve un convento ó una aldea. Se descubre desde luego Djouguy, el puerto cristiano, en el fondo de un golfo poco profundo, que domina el cabo de Sarba, su antiguo templo y sus tumbas fenicias; más arriba está Bquerqué, residencia de invierno del patriarca, Zouk, donde se fabrican los más bellos tejidos de Siria, el convento armenio de Bet-Rascho, colocado en una puntiaguda loma como una estatua en una columna, el seminario de Ghazir donde algunos jesuitas enseñan á doscientos niños árabes el francés, el latín y gramática. Hasta en ciertas ocasiones se representaban tragedias francesas que en concepto de los maronitas, están muy bien escritas. El Narh-Mamelthein fluye al pie de la altura que domina el convento; una escalera gigantesca hecha por mano de hombre sube hasta la cima que tiene una anchura de cerca de 1 legua; cada peldaño está guarnecido de una fila de morales; más adelante se encuentra el puertecito de El-Bowar, Djebel, Batrun, el cabo Madona, en el cual vive una población completamente extraña al resto del país. En la alta montaña está Amioun, una gran ciudad, Tirza, donde se ve una antigua escultura en la roca, Bziza, donde se conserva aun el templo griego, Heberine, Baschtar, Edhen en fin, la patria de los antiguos mardaitas y del célebre bey Iussef-Karam. Me detuve allí dos días.

Casto, piadoso, católico ardiente, Iussef-bey no dice veinte frases seguidas sin mezclar con ellas el nombre de Dios ó de la Virgen. Dotado de una imaginación viva, se entusiasma con la lectura de la Biblia, y no habla más que por parábolas; su len-

guaje ordinario tiene siempre el tono de una profecía. La conversación giró sobre la influencia de la mujer en la sociedad. El bey no se mete en chiquillas; quiere escluirla del mundo, cerrarla en un rincón y espulsarla de todas las reuniones. «La mujer, dice, es el origen de todas nuestras faltas; ella es la primera que comió el fruto prohibido.» Citó, con una precisión que parece increíble, la Biblia, el Evangelio, San Pablo, los Padres de la Iglesia. Uno de mis amigos, maronita establecido en Beyrouth, que se hallaba presente, respondió contando las aventuras de Telémaco, y procuró hacer comprender al bey que cuando la tentación es demasiado fuerte, queda siempre el recurso de echarse al agua. Iussef-Karam terminó con una comparación bastante oriental, que puede dar una idea del tono general de la conversación: «El hombre, dice, es por sí solo todo un mundo: el mundo tiene rocas, el hombre huesos; el mundo tiene árboles y verdura, el hombre cabellos; el mundo tiene dos lumbres, el sol y la luna, el hombre tiene dos ojos; pero el mundo contiene también naciones enemigas que se hacen la guerra, el hombre tiene sus pasiones buenas ó malas, cuyos combates no son ni menos terribles, ni menos peligrosos, puesto que se trata de la vida eterna, del cielo y del infierno.» Al día siguiente estábamos aun conversando. Mi amigo refirió al bey el paso de las Termópilas, la batalla de Maraton y algunas aventuras de Telémaco.

Estas narraciones en árabe (las *Aventuras de Telémaco* en árabe!) interesaban vivamente á Iussef-bey, para quien tenían el mérito de la novedad.

Creo que hay pocos dramas y pocas novelas sin exceptuar *Clara Arlowe*, que hayan producido en el público tanto efecto como el que produjo en el bey la fuga de Telémaco y de Mentor cuando abandonaron la isla de Calipso. La vergüenza que le impedía preguntar si aquella historia era ó no real, acababa de darle interés. Por lo demás, es bastante curioso que en aquel país, uno de los más depravados del mundo, la castidad sea considerada como la primera virtud, y así es que lo que forma en gran parte la popularidad incontestable de Iussef-Karam, es el horror que le inspiran las mujeres. El pueblo está convencido de que el primer deber del guerrero y del hombre de Estado es despreciarlas.

Poco tiempo después me puse en marcha para Damasco. El Anti-Líbano está completamente escueto. No hay allí una sola señal de cultivo, ni árboles, ni un tallo de yerba; diríase que el Anti-Líbano es una cordillera de montañas de mármol color de rosa con vetas cenicientas y encarnadas. La vista descubre horizontes inmensos, mesetas, picos, quebradas, pero ni una sola hoja. El valle de Narh-Barada, está lleno sin embargo de una vegetación admirable.

Después de ganar la última cima, aparece una llanura. El desierto la rodea y empieza en el horizonte; una cordillera de colinas azules ocupa la derecha; en el centro de aquel paisaje resplandeciente, inundado de luz, rodeado de jardines se levanta una ciudad cuyos minaretes están tan espesos como los árboles en un bosque y cuyos cimborios se confunden unos con otros, ciudad inmensa, deslumbradora, ciudad de hadas. Es Damasco. Allí en realidad se forma el más prevenido una grande idea del Oriente; bazares cubiertos, anchos, magníficos; mezquitas pintadas, patios cercados de pórticos, vastos khans llenos de mercaderes, viajeros, camellos, caballos, beduinos, kurdos, turcomanos; baños que permiten ver por entre los hierros de sus ventanas enrejadas hombres medio desnudos que se visten ó que duermen; tiendas donde están como tiradas las cosas más preciosas y deslumbradas: oro, seda, plata, telas de Persia; todo se halla allí reunido, confundido mezclado. Las casas sobre todo brillan por su riqueza. Por la primera vez se encuentra el Oriente de acuerdo con las *Mil y una Noches*: mosaicos, surtidores, cielos rasos pintados de mil colores, fantasías sorprendentes de adornistas y tapiceros árabes, mesas de mármol, maderas esculpidas, espejos tallados, nácar, metales preciosos concurren á la vez al ornato de aquellos palacios cuyos habitantes se acuestan vestidos en el suelo sobre esteras.

Llegué precisamente á la hora justa para regresar con la gran caravana de la Meka. Hacia cuatro días que se iban sucediendo interminables filas de camellos, cargados de tiendas y de canastas en que se hacían hombres y mujeres de todas las naciones de Asia. Los ricos tienen grandes sillas de manos, y entre varas están muchos camellos adornados con cintas y espejos. Vinieron los primeros los persas, con una especie de birretes agudos, los unos haraposos, los otros ricamente vestidos; después los tcherkess, con un ancho gorro de pelo y armas incrustadas de oro y plata; los beduinos con la cabeza cubierta con el cufi, los caballeros de Bagdad con lanzas largas y flexibles, los musulmanes del Asia Menor, montados en camellos cabelludos, esclavas negras destinadas á ser vendidas, y por último, mujeres cuidadosamente tapadas con sus velos, detrás de las densas cortinas de

las palanquetas ó literas. Algunos desgraciados, medio muertos por el viaje y por el sol abrasador del desierto, estaban atravesados en sus monturas, con la cabeza caída á un lado, los pies á otro, hinchados, estenuados y traspateados.

Ví de esta manera á un viejo, que era ya casi un cadáver, que estaba materialmente en el estertor de la agonía, sin un pañuelo que le hiciese un poco de sombra, solo y abandonado encima de un dromedario que le sacudía como un cuerpo inerte.

Aparecieron por fin el bajá y su estado mayor, con artillería é infantería, y después una litera gigantesca en el lomo de un camello monumental, que llevaba el sudario que todos los años se tiende sobre la tumba del Profeta. En la misma litera se hallaba encerrado, no sé por qué, un loco que asomaba su cabeza por entre las cortinas y enseñaba la lengua á la multitud. Venía después otro camello en que estaba montado otro loco casi desnudo que se permitía á todo género de extravagancias. Cuando pasaban los locos, la multitud saludaba con respeto.

El cuartel cristiano era el más rico y el más bello de la ciudad, y de él actualmente no quedan ya más que casas desmanteladas, iglesias arruinadas, paredes ennegrecidas por el humo, mármoles hechos pedazos. Es difícil presenciar un espectáculo más triste. Nada ha quedado en pie, é inspira un odio implacable la manera con que todo ha sido saqueado y anonadado.

Los cadáveres quedaron en su mayor parte sepultados bajo los escombros, siendo cosa horrible el considerar que después de los degüellos los perros del bazar han engordado considerablemente de una manera súbita. Yo había visto, durante la guerra, Záléh reducido á escombros y Deir-el-Kamar ensangrentado y cubierto de cadáveres. Ví en Damasco reproducidos los mismos cuadros.

Intereses materiales pueden obligar á los ingleses á prestar su apoyo á la Puerta Otomana; pero yo creo que en presencia de tantas ruinas, todo hombre de bien, cualquiera que sea la nación á que pertenezca, no puede formar más que un voto, y es el de ver la Siria y el Líbano librados al fin de la raza turca.

E. LOCKROY.